**De amore. Pasajes relacionados con la luz**

**Libro I, Cap. III. Del origen del amor.**

[…] aquel primer instinto de la mente [el amor] por su naturaleza toma su perfección de Dios y la transmite a la mente que de ahí se forma, y a los dioses que de ahí se generan. […]Y […] toda la sabiduría de la que deriva propiamente el consejo se da a la mente, porque al volverse a Dios por amor, ella misma resplandece por su propio brillo. La mente se dirige a Dios del mismo modo que el ojo a la luz del sol. […] en la luz del sol comprende los colores y las figuras de las cosas. Por lo que el ojo, primero oscuro e informe a semejanza del caos, cuando mira, ama la luz, y al mirar es alcanzado por el rayo, y al recibir el rayo es formado por los colores y las figuras de las cosas. Y así como la mente, desde el momento en que nace, e informe se vuelve hacia Dios y allí se forma, igualmente también el alma del mundo se vuelve hacia la mente y hacia Dios, de donde ha sido generada, y aunque antes era informe y caos, dirigida con amor hacia la mente y aceptadas las formas de ésta, se hace mundo.

**Libro II, cap. II. Cómo la belleza de Dios engendra el amor**

[…] no sin razón Dionisio compara a Dios con el sol. Pues, así como el sol ilumina y calienta los cuerpos, igualmente Dios concede a los espíritus la luz de la verdad y el ardor del amor divino. […] El sol, ciertamente, crea los cuerpos visibles y los ojos que ven. Infunde a los ojos el espíritu lúcido para que vean y pinta de colores los cuerpos para que sean vistos. Sin embargo, el propio rayo no basta a los ojos ni los propios colores a los cuerpos para que se cumpla la visión, si la luz misma, que es una sobre múltiples luces y por la cual muchas y apropiadas luces han sido distribuidas a los ojos y los cuerpos, no desciende en ellos y los ilumina y afirma.

De la misma manera, aquel primer acto de todas las cosas, que se llama Dios, al producirlas, a cada una las ha dado acto y forma. Este acto es sin duda débil e impotente en la ejecución de la obra, al haber sido recibido en cosa creada y en un sujeto pasivo. Pero la perpetua e invisible luz única del sol divino está siempre presente, calienta, vivifica, excita, completa y consolida todas las cosas.

**Libro II, Cap. V. La belleza divina resplandece a través de todas las cosas**

[…] el bien es la existencia de Dios que se eleva por encima de todas las cosas. Y la belleza es un cierto acto o rayo que desde allí penetra en todas las cosas, primero en la mente angélica, segundo en el alma de todo y en las demás almas, tercero en la naturaleza, cuarto en la materia de los cuerpos. Con el orden de las ideas dignifica la mente. Completa con la serie de las razones el alma. Fecunda la naturaleza con las semillas. Viste la materia de formas. Igual que un único rayo de sol ilumina los cuatro elementos, el fuego, el aire, el agua y la tierra, así también el rayo único de Dios ilumina la mente, el alma, la naturaleza y la materia. Y así como cualquiera que observe la luz en estos cuatro elementos, percibe el rayo del sol mismo, y a través de él se vuelve a contemplar la luz del sol, igualmente aquél que contempla lo bello en estos cuatro, la mente, el alma, la naturaleza y el cuerpo, y ama en ellos el resplandor de Dios, por medio de este resplandor ve y ama a Dios mismo.

**Libro II, Cap. IX Qué buscan los amantes**

[…] el amor es un deseo de disfrutar de la belleza. La belleza es un resplandor que atrae a sí el espíritu humano. La belleza del cuerpo no es otra cosa que el resplandor mismo en la gracia de las líneas y los colores. La belleza del espíritu es el fulgor en la armonía de doctrina y costumbres. Pero esta luz del cuerpo no la perciben ni las orejas, ni el olfato, ni el gusto, ni el tacto, sino el ojo. Si sólo el ojo la conoce, sólo él la disfruta. Así pues, sólo el ojo disfruta de la belleza del cuerpo. Y como el amor no es otra cosa que deseo de disfrutar de la belleza, y ésta es aprehendida sólo por los ojos, el que ama el cuerpo se contenta sólo con la vista. El deseo de tocar no es parte del amor ni un afecto del amante, sino una especie de petulancia, y una perturbación propia de un esclavo. Además, aquella luz y belleza del espíritu sólo la comprendemos con la mente. Por lo cual, aquel que desea la belleza del espíritu sólo se contenta con la contemplación de la mente.

**Libro IV, Cap. II Opinión de Platón sobre la antigua forma del hombre**

*Los hombres,* esto es, las almasde los hombres. *Antiguamente,* o sea, cuando fueron creadas por Dios. *Estaban enteros,*estaban adornadas por dos luces, innata e infusa, la natural para contemplar las cosasiguales e inferiores, y la infusa para contemplar las superiores. *Se quisieron igualar a**Dios,* se inclinaron únicamente a la luz innata. *Por esto fueron divididos.* Perdieron elesplendor infuso, cuando se volvieron sólo a la innata y al instante cayeron en los cuerpos.*Si se ensoberbecían de nuevo serían divididos,* esto es, si confían demasiado en elingenio natural, aquella luz innata y natural que ha quedado se extinguirá en cierta medida.*Tenían tres sexos,* nacidas las masculinas del sol, las femeninas de la tierra y lasmixtas de la luna. […] *Hecha la división, la mitad es atraída hacia la otra mitad por el amor,* las almas ya divididas e inmersas en los cuerpos, tan pronto como han llegado a los años de la adolescencia, por la luz natural e innata que conservaron, esto es, por aquello que es su mitad, son impulsadas a retomar por el afán de la verdad esta luz infusa y divina, que ya fue anteriormente la mitad de ella misma y que perdieron al caer. Recibida ésta, ya estarán enteras y dichosas con la visión de Dios.

**Libro IV, Cap. IV. El alma fue creada ornada con dos luces**

[…] el alma, desde el mismo momento de su nacimiento de Dios, por un instinto natural se vuelve hacia Dios, su padre […] El alma, vuelta hacia Dios, es iluminada por sus rayos. Pero este primer fulgor, cuando es recibido en la sustancia del alma que era hasta entonces informe por naturaleza, se vuelve más oscuro, y atraído hacia su capacidad, se hace propio a ella y natural. Por esto, gracias a éste, se ve a sí misma y a las cosas que están por debajo de ella, esto es, todos los cuerpos, pero no ve a Dios ni otras cosas superiores. Pero el alma, habiéndose acercado a Dios más por esta chispa, recibe además otra luz más clara, con la que conoce también las cosas de arriba. Tiene, por tanto, dos luces. Una natural e innata y la otra divina e infusa. Y éstas reunidas en una sola, como dos alas, le permiten volar por las regiones superiores. Si el alma usara siempre la luz divina, estaría siempre unida con ella a lo divino, y la Tierra se vaciaría de animales racionales. Pero la divina Providencia ha ordenado que el alma sea dueña de sí misma y pueda usar ambas luces a la vez o una de las dos. De aquí se sigue que, bajo el dominio de su naturaleza, vuelta hacia su propia luz, descuidando lo divino, se ocupa de sí y de sus fuerzas, que conciernen al gobierno del cuerpo, y desea ejercer estas fuerzas en procrear cuerpos. Cargada por este deseo, según dicen, desciende en el cuerpo, donde ejercita la fuerza generando, moviendo y sintiendo, y con su presencia adorna la tierra, región ínfima del mundo.

**Libro IV, Cap. V. Por cuántas vías el alma retorna a Dios**

Aristófanes dijo que esta soberbia fue la causa de que el espíritu, que nació entero, fuese dividido, esto es, que de las dos luces después usase una y olvidase la otra. Por esto, inmerso en lo profundo del cuerpo, como en el río Leteo, y olvidándose de sí mismo temporalmente, es atraído por los sentidos y el goce libidinoso, casi como guardia y tirano. Pero, siendo el cuerpo ya adulto, y purificados los instrumentos de los sentidos, con ayuda de la educación, se arrepiente un poco. Y entonces brilla su fulgor natural y busca el orden de las cosas naturales. En esta investigación, se da cuenta de que hay un arquitecto de este enorme edificio, y desea verle y poseerle. Pero éste se contempla únicamente con la luz divina. Y la mente por la búsqueda de la luz propia es estimulada a recuperar la luz divina. Y tal estímulo y deseo es verdadero amor, gracias al cual una mitad del hombre desea la otra mitad del mismo hombre, puesto que la luz natural, que es la mitad del espíritu, se esfuerza en encender de nuevo en nuestro espíritu aquella luz divina, que se llama su otra mitad, y que en otro tiempo fue despreciada.

**Libro V, Cap. XI. El amor reina sobre la necesidad**

[…] la mente, desde el instante que ha nacido, ama a su autor. Y aquí resurge el reino del amor. Porque ésta se eleva hacia Dios por amor, y Dios ilumina por amor a aquélla que se ha vuelto hacia él. De nuevo aquí se insinúa el poder de la necesidad, puesto que la luz que desciende de Dios no es recibida por la mente, oscura por naturaleza, con una claridad tan grande como le es concedida por Dios. Pues es forzada a recibir según la capacidad de su naturaleza y por la violencia de la naturaleza receptora, aquella luz se vuelve más oscura. A esta necesidad sucede otra vez la primacía del amor. Porque aquella mente encendida por este primer resplandor de Dios, se vuelve ardientemente hacia él y, estimulada por esta chispa de luz, desea la plenitud total de la luz. A partir de aquí Dios, por la generosidad de su providencia, da generosamente además de aquella primera luz natural, la luz divina. Y así los poderes del amor y de la necesidad se van sucediendo alternativamente. Esta sucesión se efectúa en las cosas divinas según el principio de su naturaleza y en las otras según intervalos de tiempo. De modo que el amor es siempre el primero y el último de todas las cosas.

**Libro VI, Cap. XIII. De qué modo la luz de la verdad está en el alma**

[Platón] dice que la luz de la mente para entender todas las cosas es aquel mismo Dios por el que todo ha sido hecho. Y compara el sol y Dios de tal manera, que lo que es el sol a los ojos, tal es Dios para las mentes. El sol genera los ojos y les da la capacidad de ver, que sería vana y estaría sumergida en las tinieblas eternas si estuviera privada de la luz del sol en el que se reproducen los colores y las figuras de los cuerpos y en el que el ojo ve los colores y las figuras de los cuerpos. Pues, en efecto, el ojo no ve otra cosa que la luz. Sin embargo, parece que ve cosas diversas, porque la luz en él infusa, está adornada con las diversas formillas de los cuerpos externos. Entonces, el ojo percibe esta luz reflejada en los cuerpos, pero no puede comprender esta luz misma en su mente. De la misma manera Dios crea el alma y le concede la mente, capacidad para entender, que sería vana y oscura si no le asistiera la luz de Dios, en la cual ve las razones de todas las cosas. De donde entiende por la luz de Dios, y sólo conoce la propia luz divina, aunque parece que conoce cosas diversas, porque entiende esta luz bajo diversas ideas y razones de las cosas. Cuando alguno, viendo con los ojos un hombre, fabrica la imagen de un hombre en su fantasía, y reflexiona largamente juzgándola, eleva la mirada de su mente para contemplar la razón de hombre que existe en la luz divina. De allí, a continuación resplandece una chispa en la mente y aquí se entiende verdaderamente la naturaleza del hombre. Y así sucede con el resto de las cosas. Por tanto, conocemos todas las cosas por la luz de Dios. Pero no podemos ver en esta vida esta luz pura ni su fuente.

**Libro VI, Cap. XVIII. Cómo el alma se eleva de la belleza del cuerpo a la de Dios**

[…] la luz absolutamente simple del Uno en sí mismo, es la belleza infinita, porqueno está ensuciada por las manchas de la materia, como la hermosura del cuerpo, nicambia por el transcurso temporal, como la del alma, ni está dispersada en una multitud, como la del ángel. Y toda cualidad, que está separada de un elemento extraño, sellama, según los Físicos, infinita. Si hubiese un calor en sí mismo, no impedido por elfrío y la humedad, ni gravado por el peso de la materia, se llamaría calor infinito, porque su fuerza sería libre y no estaría restringida por los límites de algo adicional. Igualmente, la luz infinita es independiente de todo cuerpo, pues brilla sin medida ni límite, porque brilla por su naturaleza, puesto que no está limitada por otros. Por tanto, la luz y la belleza de Dios, que es enteramente pura y libre de toda condición, se llama sin duda belleza infinita. La belleza infinita requiere un amor inmenso.